

Opinión

LA TRIBUNA

Melodía de seducción


Adela Muñoz Páez

Profesora titular de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla

UNA raya oscura en el párpado inferior, un poco de rímel, uso liberal del ungüento de color marfil para tapar una ojera o una mancha inoportuna, un toque de colorete hacia las sienas y, para rematar, un repaso con la barra de labios. Ropa cómoda pero seductora que huya del fragor de las modas; unos pendientes a juego que añadan luz a la cara; lencería de buen diseño, los encajes y blondas son opcionales; pelo más bien despeinado, que los lacados ya no se llevan; zapatos estilizados y, a ser posible, cómodos. Todo esto en quince minutos escasos, porque esperan atascos, aparcamientos en doble fila frente a los colegios, interminables jornadas laborales, reuniones, comidas, gimnasios, compras, deberes... ¿Es la tiranía de la imagen la nueva esclavitud de la mujer?

El Gobierno de Teherán, siempre preocupado por la felicidad de las iraníes, así debe de entenderlo, porque tiene prohibido el uso del maquillaje e instó a la Policía a perseguir seriamente los vicios sociales de las mujeres. Siguiendo esa misma línea, en el vecino Iraq, como entre atentado y atentado el Gobierno no tiene tiempo de ocuparse de tales zarandajas, sus ciudadanos varones están resolviendo el problema de una forma directa y eficaz. Primero, escribiendo en las paredes de los edificios mensajes claros del tipo "Si te maquillas, morirás"; luego, matando y mutilando los cadáveres de las que osan no seguir tales recomendaciones. Tras la repugnancia y la indignación que se siente al leer estas noticias en los periódicos, se abre paso la sorpresa: ¿es que las mujeres se pintan en esos países donde van cubiertas con tantos trapos? Si es así, ¿para qué?

En la película *El Buda estalló por vergüenza*, ambientada en Afganistán, la escena más tierna y divertida es la que muestra a la protagonista, una niña afgana de seis años, el día que lleva a la escuela una

¿Es la presión de nuestra decadente sociedad la que lleva a las mujeres a dedicar tiempo y energía a mejorar su apariencia o es una tendencia innata? Es una pregunta de respuesta compleja... y un filón comercial



barra de labios que le ha quitado a su madre y, en un descuido de la maestra, las niñas de la clase se van pintando unas a otras hasta que todas terminan, en medio del jolgorio generalizado, con las caras llenas de churretes colorados. La película transcurre en la desolada región de Bamiyan, con los nichos vacíos de los budas como telón de fondo, donde la protagonista vive con su madre y su hermano pequeño en una especie de cueva. Al parecer, en ese paupérrimo Afganistán se pueden encontrar pintalabios.

Si salimos de la parte del mundo en que ocultan a las mujeres bajo trapos y llegamos a la India, resulta llamativa la ele-

gancia con que allí llevan los *saris* multicolores y hacen tintinear sus pulseras. No se sabe qué atrae más la mirada del extraño, si las pilas imposibles de ladrillos de adobe que cargan en la cabeza o sus ojos ribeteados de negro y el hermoso punto rojo que los corona. Pasando a África, vemos mujeres acarreado agua y algún chiquillo a la espalda, a la vez que lucen su esbeltez enfundadas en pobres pero bellas túnicas que pregonan el poderío de su etnia. Y si llegamos hasta América, nos encontramos con los trajes multicolores de lana de alpaca de las mujeres del altiplano andino, graciosamente tocadas con curiosos sombreros.

Pero esto no es nada nuevo, las mujeres se han acicalado desde hace miles de años. El pigmento negro *khol* para delinear los ojos lo han usado las mujeres de África y Asia desde tiempos inmemoriales, y las historias de la destreza en el arte del maquillaje de las antiguas egipcias son legendarias. No obstante, ha habido excepciones y en muchas sociedades dominadas por el fanatismo religioso se ha intentado esconder el cuerpo femenino, caso de los musulmanes *wahabitas* de Arabia Saudí o los protestantes de algunas sectas ultraconservadoras de Holanda o Estados Unidos.

A la vista de todo esto cabe preguntarse: ¿es verdaderamente la presión social de nuestra decadente sociedad de consumo la que lleva a las mujeres a dedicar tiempo y energía a mejorar su apariencia o es una tendencia innata en ellas? Esta es una pregunta de respuesta tan compleja que ha traído de cabeza a sociólogos, historiadores, feministas y editores de revistas femeninas. Lo que está claro es que es un auténtico filón comercial que, por ejemplo, ha llevado a Lilianne Bettencourt, la francesa propietaria de la firma de cosméticos L'Oréal, a la cabecera de la lista Forbes de mujeres más ricas del mundo.

Pero, dejando aparte el intrincado mundo del negocio capitalista y el feminismo teórico, ¿qué mujer, en alguna ocasión, no habría dado cualquier cosa por poderse vestir con rayos de luna para resultar irresistiblemente atractiva a los ojos de alguien?

PALABRA EN EL TIEMPO

Alejandro V. García
 avgarcia@grupojoly.com


Otro puntillazo

A

LGUNOS periódicos no han resistido la tentación de anunciar de nuevo que la sentencia dictada el jueves por el Tribunal Supremo sobre el 11-M ha cerrado "todos los resquicios" o, mejor, "ha dado la puntilla" a la hipótesis de la conspiración. Es el segundo puntillazo que asestan en menos de diez días a los delirios de los conspiradores, pero, como nos maleábamos hace una semana en este mismo espacio, el remate ha sido en falso, pues el toro sigue vivo y dispuesto a participar en cuantos festejos conspirativos sea capaz de husmear y sin importarle la categoría de las plazas: desde las de primera a las de carros.

¿Qué dato sustancial de la sentencia del 11-M ha modificado el Supremo respecto a la conocida de la Audiencia Nacional? Ninguno. Pero por eso, porque no ha cuestionado ninguno de los hechos probados, los conspiradores pueden repetir lo que ya dijeron en su momento, más alguna ocurrencia de última hora. Y respecto a las modificaciones secundarias introducidas por el Supremo (cuatro condenados en septiembre, absueltos), no son raras ni alarmanes. En pocos procedimientos de esta magnitud el Supremo se ha limitado a convalidar la primera sentencia.

Al escuchar los embelecocos que vuelven a utilizar los conspiradores y las conspiratri-

En pocos prodecimientos de la magnitud del 11-M el Tribunal Supremo se ha limitado a convalidar la primera sentencia

ces se me ha ocurrido un posible curso monográfico en sintonía con los que organizan ciertas universidades de verano: *Del Código Da Vinci al 11-M. La influencia de las novelas de misterio esotérico sobre un atentado real*. No es broma. Las concomitancias entre los conspiradores que tratan de encubrir la verdadera historia de Jesucristo en la novela de Dan Brown y los que intentan introducir códigos herméticos o interpretar los silencios de los sospechosos son numerosas. Si defensores y detractores siguen dándole vueltas a la autenticidad de las reliquias de las Cruzadas, ¿cómo los confabuladores del 11-M se van a contentar con la letra de dos sentencias?

Eso sí. Ahora los conspiradores no encuentran tantos apoyos como en otros momentos. El portavoz del PP en el Senado, Pío García Escudero, dijo ayer: "Se capturó a los culpables en muy poco tiempo y se les ha condenado en un largo proceso muy trabajoso, eso es lo importante". Muy bien: hablando claro se entiende la gente. Por cierto, y sin salir de la lengua, o sin *soltarla* demasiado, noto que han pasado desapercibidas las declaraciones de la nueva presidenta del PP de Cataluña, Alicia Sánchez-Camacho, el jueves en *La Vanguardia* sobre el famoso manifiesto: "En Cataluña conviven con normalidad las dos lenguas (...). No firmaré el manifiesto del castellano. No es necesario". Puntos suspensivos.

EL TRÁNSITO

Eduardo Jordá

Dicen que soy aburrido

EN diciembre de 1999, Fernando de la Rúa ganó las elecciones argentinas con un eslogan que se hizo famoso en todo el país: "Dicen que soy aburrido...". Frente a sus contrincantes peronistas—simpáticos, ostentosos, frívolos, deshonestos—, De la Rúa prometía seriedad y buena administración. Era un hombre alto, discreto, que caminaba un poco encorvado y al que le costaba mucho sonreír. "Dicen que soy aburrido...", decía, pero después de una década de jolgorio y dinero fácil con Menem y su "plata dulce", conseguida gracias a la falsa convertibilidad del peso (aquella ecuación mágica que proclamaba "1 peso=1 dólar"), los argentinos querían seriedad y aburrimiento. El país se estaba viniendo abajo. Y mucha gente lo sabía, aunque la clase política se negaba a reconocerlo.

En diciembre de 2001, dos años después de su toma de posesión, el hombre que se presentaba diciendo "dicen que soy aburrido" tuvo que huir en helicóptero de la Casa Rosada. Un día antes había proclamado el estado de sitio y 30 manifestantes habían muerto en los disturbios que se produjeron cuando el Gobierno ordenó la inmovilización de los depósitos bancarios en todo el país, lo que desde entonces se conoce como "corralito financiero". De la Rúa se vio obligado a decretar la medida para evitar la quiebra en cadena de los bancos, pero las protestas estallaron y la situación se hizo insos-

tenible. Y el 20 de diciembre, mientras decenas de miles de personas aporreaban las puertas de los bancos pidiendo su dinero, De la Rúa recogió a toda prisa sus papeles y se subió a un helicóptero militar, igual que los norteamericanos que huían de Saigón. ¿Es posible que algún día ocurra algo así en España? Dios quiera que no, como diría mi abuela. Pero la realidad es testaruda, y llevamos más de una década viviendo muy por encima de nuestras posibilidades. Y como ocurre en estos casos, hemos perdido por completo el sentido de la realidad. Un niño de África sabe muy bien lo que se consigue con una moneda. Nosotros no. Desde hace mucho tiempo no nos gusta ver las cosas como son, sino como nos gustaría que fueran. Confundimos palabras con hechos y deseos con realidades. Y además, el sistema administrativo español, con sus 17 clases políticas autonómicas, es uno de los más caros del mundo. Nunca se ha hecho un estudio de su sostenibilidad económica, sobre todo en una época de vacas flacas, pero quizá deberíamos hacerlo. Ahora que discutimos tanto por los balances fiscales, no se nos ocurre la posibilidad de que un día no haya nada que discutir porque tampoco haya nada que repartir. "Dicen que soy aburrido...", decía De la Rúa, y tuvo que huir en un helicóptero militar. Dios sabe lo que le hubiera pasado si llega a ser simpático.